



El nearca y sus lugartenientes cabalgaron alrededor de la edificación en busca de puntos débiles. Examinaron con gran interés el portón, pero prolongaron la inspección del torreón hasta que la flama de los relámpagos desgarró los cielos y una lluvia torrencial caló a sitiados y sitiadores por igual. Deturpación ignoraba el número exacto de los asediados, y como en el almenaje había más figuras que las de los fugitivos, dedujo que éstos habían recibido refuerzos.

Hubo un momento en que la lluvia remitió y el nearca se llevó la mano a la boca en un gesto elocuente de que se los iban a comer. Sus acompañantes se echaron a reír. Germán se encaramó al pretil y le llamó con toda la potencia de sus pulmones. Luego, cuando hubo atraído la atención del cacique, estiró el brazo, giró la muñeca y le saludó con el dedo corazón levantado.

Los milicianos estallaron en una salva de aplausos, sofocada por el retumbo de los truenos. Los jinetes volvieron a sus posiciones bajo una cortina de agua. Los cuernos resonaron en el fragor de la tormenta.

—Parece haber aceptado vuestra invitación a cenar —gritó Guillén bajo el aguacero—, micer Germán.

—Nos han pillado con la alacena semivacía, pero seguro que se van saciados. —Todos decían que la guerra era una monstruosidad, pero él adoraba esos momentos. Estaba lúcido, no se le escapaba ni un detalle. Era más él que nunca. Quizá murieran todos en la próxima hora, pero ése era el destino de quien vive de la espada

y él prefería caer en la plenitud de sus facultades en lugar de ahogado por el lodo—. Se van a chupar los dedos... Entremeses de flechas, rocas de primero y el plato estrella, hojas forjadas por mi padre, Íñigo Heredia, el mejor espadero del mundo —dijo con orgullo. Jugueteó con el cuchillo de brecha y añadió—. Y sobra acero para el postre, ¿a que sí, chicos?

Los milicianos le vitorearon.

¡Qué extraño!, pensó Názora. *Me habían dicho que Germán Heredia era corto de entendederas, el más necio del clan.*

Luego, se puso a conversar con Diatar Dalle en su idioma con gesto de preocupación. No le faltaban motivos, en la explanada había un centenar de trasgos, pésimos soldados, otros tantos licaones y casi cincuenta ogros. Los primeros se limitaban a exhibir sus colmillos, desportillados y llenos de sarro, mientras que los ogros graznaban insultos y se burlaban obscenamente. La mayoría llevaba el rostro y el cuerpo pintarrajeados de colores chillones. Los sitiados sintieron ese temor ancestral que han provocado siempre los antropófagos.

Media docena de licaones hambrientos, incapaces de contenerse, avanzaron en dirección a la torre. Miguel vio que dos milicianos tensaban los arcos y les ordenó no disparar. Resultó una medida acertada, pues el nearca alzó una mano y sus propios compañeros los acribillaron por la espalda.

—Gracias por ahorrarnos el trabajo —se regodeó Arnal.

—No son buenos arqueros —comentó Pietro Galadí—. Han disparado quince flechas y no han hecho blanco ni la mitad...

Miguel se mordió el labio y Diego apretó la mandíbula, incapaces de ocultar lo mucho que les preocupaba aquella exhibición de disciplina, cruel pero eficaz. Germán suspiró, desalentado por un segundo, pero se rehízo y silbó para atraer la atención de todos e impartió una orden.

—Matad a los oficiales, sin ellos no son un verdadero ejército.

Diatar Dalle pareció complacido ante aquella perspectiva e hizo una leve inclinación de cabeza.

—Los distinguiréis por el fazoleto que llevan anudado a la garganta —aclaró el benjamín a los milicianos, poco acostumbrados a semejantes enfrentamientos—. Tienen un alto rango si son negros e intermedio si son rojos.

—Ya salió el redicho. —Germán se adelantó y dio dos palmadas—. A ver, hijos, que os veo despistados. Esos energúmenos de

ahí abajo son caníbales. Acabaremos en sus tripas si perdemos. —Alifonso y Borxa tragaron saliva—. No se lo tengáis en cuenta, también se comerían a sus madres. Probablemente, ya lo habrán hecho.

»Podemos usar su ansia de carne a nuestro favor. Los flechazos y las pedradas matarán a muchos enemigos, y el instinto natural de todos ellos será lanzarse sobre sus compañeros y comérselos crudos. Si no lo hacen es por miedo a sus oficiales, que son lo mejor de cada casa... —Las risas aliviaron el ambiente—. El fazoletto mencionado por micer Miguel es una gran tela anudada al cuello. Es un símbolo de autoridad y una diana para nosotros, ¿vale? A la hora de darles la boleta, son los primeros de la lista.

Elidir se quitó el yelmo. Llevaba muy cerrado el almófar, al igual que Názora, por lo que apenas se veían la nariz y los ojos. Habló con voz profunda:

—Incluyamos a los ogros en esa lista. Son fuertes y Deturpación los ha adiestrado bien. —El rostro se le crispó de dolor y una sombra apagó el fulgor de sus ojos. Miró al suelo antes de decir—: Cinco de los nuestros, todos diestros espadachines, murieron bajo sus golpes la pasada noche.

—Tendremos que esmerarnos —admitió Diego—, pero aquí apenas hay espacio para combatir, y los escudos —comentó mirando a los devas— estorban más que ayudan.

Názora asintió y los apilaron en un rincón.

El diluvio se convirtió en un suave calabobos, dejando tras de sí un barrizal.

—Nos deberían llamar en época de sequía —rió Arnal.

—No le veo la gracia —replicó Diego.

—¿No te has percatado de que llueve siempre que nos metemos en un fregado que nos viene grande?

Germán abandonó el parapeto durante un instante y se encaró con Arnal.

—Somos Heredia, los mejores —le espetó con orgullo—. Nada nos viene grande, ¿me oyes? ¡Nada! La primera batalla se gana con la voluntad.

Debió de decir algo más, pero...

Lejos, en la casona familiar, Liduvina sostuvo en la mano izquierda un cuenco lleno con agua de un manantial subterráneo mientras empapaba la uña del meñique de la otra mano en sangre menstrual. Musitó un ensalmo y remató la invocación a la tormenta con una palabra de poder. Entonces, hundió la uña en el cuenco.

... la horquilla sesgada de un relámpago atravesó los nubarrones con furia inusitada y el trueno ahogó sus palabras. Los asediados cerraron los ojos un instante para no ser cegados por el fegonazo.

El refrán popular decía que los rayos de la Baylía tenían hambre y bastante puntería, pero aquello había que verlo para creerlo. Los defensores se giraron para contemplar los estragos causados por el rayo en las filas licaonecas. Había cadáveres calcinados en el lugar del impacto y muchos habían salido despedidos.

El olor a carne quemada enloqueció a unos pocos, que se lanzaron a devorar los restos, pero por una vez el miedo fue más fuerte que el hambre. El caos estuvo a punto de convertir la pequeña hueste en una turba a la fuga, pero al fin, los sicarios de Deturpación impusieron disciplina a golpe de látigo.

—*La legión se va a retrasar, reverenda madre* —susurró Jurdía.
—*¡Qué impuntualidad! Estos estúpidos humanos son incapaces de hacer bien las tareas más simples.*

El chaparrón se convirtió en una lluvia de agujas mientras trasgos y licaones volvían a sus respectivas filas en el terreno embarrado. Deturpación no quería sorpresas y se tomó su tiempo, esperó a que sus hombres recompusieran la formación antes de dar la orden para el asalto.

El tamborileo del aguacero sobre el metal dominó la llanura hasta que varios rayos chasquearon en los cielos y los truenos se enseñorearon del campo de batalla.

Liduvina llevó el meñique al cuenco de la sangre.

Deturpación espoleó a su montura.

El ensalmo levantó un chisporroteo en el aire, que crepitó...

Lanzó una arenga corta y eficaz que hablaba de carne fresca y buenas armas a repartir entre los supervivientes.

... cuando restalló la invocación a la tormenta.

El mestizo aferró el mangual y lo volteó.

La uña rozó el agua del cuenco por segunda vez.

Otro relámpago rasgó el velo de la noche e impactó en la posición ocupada por los ogros. Unos cuantos cayeron fulminados.

Deturpación no cambió de planes y dio la señal de avanzar. Sus lugartenientes se lanzaron a degüello contra los desertores, e impusieron disciplina en cuestión de minutos.

Los cuernos sonaron de nuevo y las líneas se reordenaron un poco conforme avanzaban entre un redoble de tambores.

Los Heredia y los Galadí se ajustaron con calma las muñeque-
ras, ni demasiado prietas ni demasiado holgadas. Desanudaron la capucha de mallas que llevaban en el cinto y se la ajustaron alrededor de la cabeza. Miguel se caló el yelmo. Era el único que no lo había tirado durante la ascensión al monte Turcacho, ni siquiera cuando los dips les pisaban los talones.

Los cañibales prorrumpieron en aullidos y gruñidos en cuanto callaron los tambores.

Germán preparó la honda y dio las últimas instrucciones con voz potente, pero no estuvo seguro de que todos lo hubieran oído hasta que los vio desenrollar las cuerdas de arco de sus cabezas, allí guardadas para que la lluvia no las estropease y la grasa del pelo las mantuviera flexibles.

El suelo retumbó ante el avance acompasado de tantos pies

mientras los sitiados armaban los arcos con rapidez. Los defensores se despidieron con la mirada, por si luego no había ocasión.

Los asaltantes se dividieron en dos grandes cuerpos tras chapotear en el fango unos cien metros. El integrado por un considerable grupo de ogros y algunos licaones se dirigió hacia el patín, situado al este; el segundo, más numeroso, se encaminó desde el sur en línea recta, pero no tardó en dividirse en dos para atacar también por el flanco oeste. Todos agradecieron lo escarpado del lado norte, porque sólo eso había disuadido al nearca de atacar simultáneamente por todos los frentes.

Los hombres se agitaron, murmurando entre sí y descargando el peso alternativamente de un pie en otro. El pánico los atenazaba. Germán observó el relumbrar del blanco de los ojos de los milicianos, dilatados por el miedo, mientras perdían el control de sus manos, que comenzaron a temblar. Comprendió que debía ponerlos en movimiento antes de que el pánico los convirtiera en unos muñecos aturridos, inútiles para el combate.

—Miguel —voceó—, toma dos hombres, ve abajo y encárgate de los que crucen la entrada. Eh, vosotros —bramó dirigiéndose a los milicianos—, cerrad la boca, leche, que va a venir un cuervo a anidar en ella.

Dietar Dalle y Elidír bajaron al piso de madera detrás de Miguel. Dejaron hachas delante de los apuntalamientos que debían romper para que se hundiera el piso de madera, repartieron equitativamente las doce flechas del carcaj y tomaron posiciones.

Lejos, muy lejos, la tormenta arreciaba en el exterior de la casona de los Heredia. Los rayos caían cada vez más cerca, pero ninguno se atrevió a rozar el edificio. Las cuatro mujeres permanecían sentadas en unos cómodos taburetes.

Liduvina reservó para sí una tela de la vida y repartió las demás. Jurdía acarició la de Arnal. Buba, la de Diego. Gema aceptó sin rechistar la de Germán, a pesar de que era la más sucia; de hecho, estaba impregnada con una sustancia parecida al hollín. La madre esbozó una sonrisa malévola que no le pasó desapercibida a la joven, que enrojeció visiblemente y bajó la vista.

La tela de la vida de Germán era mucho más gruesa que el resto, por lo que Gema se decantó por una aguja alborguera, de las utilizadas para remendar el calzado de esparto.

Las brujas entraron con las telas dentro de un pentagrama dibujado con sangre y pronunciaron hechizos casi olvidados cuando el mundo era joven. Las palabras crepitaban como fruta madura al explotar y las frases levantaron chispas en el aire. La salmodia creció hasta que temblaron los cimientos del edificio.

No era la primera vez que realizaban el hechizo de sanación. Zurcirían las telas sin descanso para impedir que la vida encontrara fisuras por las que escapar de los cuerpos. Enhebraron las agujas con solemnidad, se colocaron los dedales y mantuvieron alzada la mano a la espera del primer desgarrón. Cuando eso ocurriera, una de ellas gritaría: «¡Besana!», término empleado para referirse al primer surco que se hace al arar un campo, mas en este caso su significado era otro: la primera sangre.

Los asaltantes dispararon primero, pero sus flechas rebotaron contra la piedra de la torre. Los sitiados respondieron con letal puntería, pero era como arrojar piedras al mar: a cada enemigo abatido lo sustituían diez. El olor a sangre sacaba de quicio a la horda, pero los oficiales los fustigaban sin piedad para que no se detuvieran. La segunda oleada de proyectiles pasó por encima de las cabezas de los sitiadores. La empinada cuesta ralentizaba el embate, pero el enemigo soportó estoicamente el castigo y siguió chapoteando en el barrizal. Dos minutos después llegaron al pie de la torre. Entonces, espoleados por la urgencia, devas y hombres comenzaron a disparar sin cesar, temiendo que luego ya no hubiera ocasión.

Sólo Diego mantuvo la sangre fría y guardó sus últimas flechas para eliminar a dos oficiales. Germán observó con curiosidad cómo morían atravesados. Tras esto, la confusión reinó en las filas asediadoras durante un instante, pero enseguida se incorporaron tres oficiales, que repartieron instrucciones y motivación, matando sin vacilar a los que hicieron además de retroceder.

La marea de sitiadores se estrelló contra el muro de la fortificación. Los licaones dejaron caer los escudos, satisfechos de haber llegado a donde querían, ya que, les bastaban las grietas y las juntas de las piedras para trepar.

Los ogros se precipitaron hacia la rampa, un acceso difícil para aquellas criaturas tan grandes, que resbalaban una y otra vez bajo la lluvia de bloques de piedra que les arrojaban los milicianos. Los

proyectiles abrieron la cabeza a más de uno y hubo muchos contusionados.

Al final, los ogros retrocedieron para permitir el paso de un grupo de licaones, que subieron el patín con mayor facilidad. Eran más ágiles y pequeños que los ogros, por lo que los milicianos reservaron los proyectiles para cuando llegaron a lo alto, donde tuvieron que detenerse delante de la entrada obstruida. Allí les cayó una granizada de piedras.

Se produjo un receso en el combate durante los siguientes minutos, igual que la marea cuando toma impulso para abatirse contra la orilla con renovado ímpetu. Los licaones se arremolinaban al pie del muro, ansiosos por seguir a los camaradas que ya ascendían, y los defensores, ya sin flechas, arrojaban las últimas piedras y se preparaban para el cuerpo a cuerpo.

Germán situó a los siete hombres de Inozén Galíndez en el centro, formando un círculo; les entregó las ballestas y todos los virotos que les quedaban y se marchó tras darles una última orden:

—¡Reservadlos para los ogros! Estos virotos atravesarían la mejor armadura, así que no vaciléis. Disparad y cargad.

Los ogros despejaron de escombros la entrada y se precipitaron al interior como un huracán. Los cinco primeros cayeron abatidos por las flechas de los tiradores apostados en el piso superior. Sus compañeros intentaron retroceder, mas el impulso de los que venían detrás los empujó hacia adelante. Los siete siguientes corrieron la misma suerte.

Dietar Dalle, Elidir y Miguel Heredia se apresuraron a tronchar los debilitados apuntalamientos con frenéticos hachazos mientras los asaltantes irrumpían en la planta baja como una oleada incontenible y subían a toda prisa las escaleras, que se hundieron con estrépito cuando estaban a mitad de camino en una nube de astillas y polvo. El terceto se refugió en un pequeño tramo de escaleras de piedra antes de que el piso entero se viniera abajo.

Los gritos de los heridos reverberaron en el interior de la torre. Cuando se disipó el polvo, los asaltantes tomaron conciencia de que ningún oficial los vigilaba por primera vez en mucho tiempo y dieron rienda suelta a sus instintos. Se abalanzaron sobre los muertos, a los que devoraron, y luego, en pleno paroxismo, intentaron rematar a los heridos, que se defendieron a dentelladas.

Germán se asomó por encima del parapeto. Eran tantos los escaladores que el lienzo de la torre parecía la pared de un hormiguero. Los licaones habían sobrepasado ya el tramo más difícil del ascenso, el inicial, y se les echarían encima en medio minuto.

Názora le hizo señas de advertencia. Un grupo de trasgos escalaba la cara norte, desdeñando el vértigo y el riesgo de una caída mortal de necesidad con la esperanza de sorprender por la espalda a los sitiados.

Germán suspiró aliviado al ver asomar por el portillo al grupo de Miguel. Llegaba justo a tiempo. El griterío imperante no les impidió oír el jadeo de los primeros escaladores y actuar en consecuencia. Elidir corrió junto a Damasana y Husma, en la cara oeste. Miguel y Dietar Dalle se unieron a Názora en la norte.

Un licaón montañés, relativamente joven a juzgar por el gran número de dientes que aún conservaba intactos, fue el primero en aparecer. Germán fijó los pies, flexionó las piernas y recompensó su esfuerzo abriéndole en dos la cabeza de un potente mandoble. El muerto arrastró al siguiente agresor en su caída. A su vera, Diego traspasó limpiamente a otro, momento que aprovechó el tercer asaltante para atacarle. Germán acudió al quite y le abrió una segunda boca a la altura de la nuez. Se revolvió a tiempo de ver una mano aferrándose a la piedra. Descargó un potente mandoble que levantó chispas y sus dedos salieron volando por los aires, entre chorretones de sangre, para caer torre abajo.

Germán adelantó la pierna izquierda y llevó atrás la espada, por lo que no le costó nada descargar un revés de abajo arriba en cuanto asomó otro licaón. El golpe le hendió la cabeza.

Varios adversarios asomaron al mismo tiempo. Diego y Germán aferraron los montantes con ambas manos, pues aún había espacio para moverse con holgura, y los despacharon con facilidad; pero la afluencia de enemigos hizo imposible contenerlos en las almenas y se produjo una batalla en lo alto de la torre.

Los devas intentaron llevar el peso del combate, convencidos de la franca inferioridad de sus compañeros de fortuna, pero se quedaron perplejos durante un instante al contemplar la facilidad con la que Miguel se deshizo de los primeros trasgos, superada incluso por la del felino Germán, que parecía poseído por mil demonios.

Pronto descubrieron que los Heredia estaban hechos de otra pasta. Su primer juguete había sido una espada. El acero era una

forma de vida que no tenía secretos para ellos. Seguían indemnes en aquel avispero de forma casi milagrosa. Ningún gorguz parecía capaz de alcanzarles.

—Besana —aulló Buba, mientras se aprestaba a zurcir un feo desgarrón con inusitada agilidad.

El hilo cerró la abertura.

El pequeño trasgo que había acuchillado a Diego por la espalda se sorprendió al ver que su rival incólumne, se revolvió pese a la sangre que tintaba su acero.

Gema tuvo que imitarla poco después.

El licaón que había alcanzado a Germán en el costado cayó decapitado, sin comprender por qué no había muerto su enemigo.

En la distancia, Deturpación sonrió satisfecho. La primera oleada estaba integrada por indisciplinados licaones montañeses y su muerte facilitaba el trabajo de los luchadores de élite. La victoria estaba próxima, bastaría con que unos pocos fijasen las escalas que permitieran la subida de los ogros.

Los lugartenientes del mestizo gruñeron con aprobación, compartían las esperanzas de su señor. Expectantes, se reclinaron sobre las sillas de montar, a la espera del momento en que cesase el entrechocar de los aceros.

Pero estaban vendiendo la piel del oso antes de haberlo cazado.

Arnal forzaba a Jurdía a grandes esfuerzos.

Cuanto más se esforzaba en rehuir las zonas de peligro, en más apuros se metía. Diego no pudo ayudarle cuando le acorralaron tres caníbales e intentó abrirse paso imprudentemente. Contra todo pronóstico, cuando los licaones daban por segura su muerte tras haberle herido, siguió repartiendo golpes que levantaban es-

quirilas de acero y chorros de sangre a partes iguales. Miguel acudió en su ayuda y acabaron con ellos antes de que hubieran salido de su asombro.

Liduvina fue, sin duda, la que menos trabajo tuvo.

Acíbar llevaba al límite las capacidades de quien la empuñara, y cada golpe se cobraba una vida. La sangre chorreaba por el codo de Miguel sin que su madre hubiera tenido que utilizar la aguja.

Los devas eran maestros consumados en el arte de tajar e hicieron trizas a sus adversarios, decapitando y amputando miembros a una velocidad que el ojo era incapaz de seguir. Además, hasta que flaquearon por agotamiento, tenían ese ápice de velocidad propio de su raza, lo cual constituía una ventaja insuperable.

Lucrecia había adoptado la precaución de esperar a que el enemigo desbordara la primera línea de defensa. Quienes lo lograban no tenían tiempo de atacar por la espalda ni a Germán ni a sus hermanos.

Los ojos le refulgían con un brillo animal y el rostro se les había alargado ligeramente, dejando entrever una dentadura lupina todavía más afilada que la de los asediadores. La loba había renunciado a la espada y peleaba a dentellada limpia, haciendo gala de una letal eficacia. Un par de licaones habían intentado el cuerpo a cuerpo, creyendo gozar de ventaja contra la cimbreante figura, para encontrarse con la fuerza sobrenatural de la menor de los Galadí, que les partía los huesos como si fueran patas de pajarillos.

La carne de cañón sucumbió, como había previsto el cacique, pero los ogros no lograban subir y los licaones entrenados fueron incapaces de superar aquella profusión de golpes, fintas y tajos. Por si esto no bastara, resbalaban continuamente en aquel suelo anegado en sangre. Sus gritos de combate se convirtieron en aullidos de dolor.

El dedal de Gema estaba negro, tan tiznado como sus dedos, pero zurció y zurció para que Germán aguantara de pie, con las piernas flexionadas, repartiendo golpes a la altura de la cintura y tajando sólo para amputar miembros.

Los ogros hicieron acto de presencia allí donde estaba apostado Miguel. Éste fintaba y giraba con gran precisión, aunque no hubiera resistido la embestida sin la espada encantada, que causó estragos. Derramó tanta sangre que las runas del acero comenzaron a titilar cada vez con más fuerza. Muchos fueron los que murieron seguros de haberle abatido.

Liduvina cosía como una posesa.

En lo alto de la torre, el combate había degenerado en un caos de gritos y estertores primero y en una degollina después. La superioridad numérica de los pintarrajeados licaones no lograba imponerse a unos guerreros que los aventajaban en destreza y corpulencia.

Deturpación se echó hacia atrás en la silla de montar, decepcionado, cuando quedó claro que iba a ser necesario un segundo asalto.

Los Galadí no tardaron en abandonar la espada bastarda y apelar al arma corta, ya que conocían todas las tretas del combate cuerpo a cuerpo, y los licaones no acertaban a defenderse de sus mojadadas.

Los Heredia no tardaron en imitarlos. Dejaron caer las espadas, ya inútiles en un lugar tan atestado, y empuñaron los cuchillos de brecha, unas armas cortas temibles que penetraban en la carne con la facilidad de un cuchillo al rojo en la manteca. Apelaron a todo tipo de marrullerías para seguir con vida. De hecho, prodigaron más zancadillas y codazos que cuchilladas. Diego se partió el índice de tanto hundir los dedos en los ojos de los caníbales.

Un chorro de sangre cegó a Germán cuando le abrió la yugular a un trasgo. Bizqueó frenéticamente y se irguió resollante, en busca de un nuevo enemigo, pero ya no había más... Los cadáveres se amontonaban unos sobre otros en medio de un gran charco de sangre.

Los defensores se miraron atónitos. Estaban exhaustos, cubiertos de sangre, con las cotas desgarradas, y llenos de magulladuras y costurones, pero todos permanecían con vida. Un examen más detallado reveló que no era así. Tres milicianos de Villafranca

yacían entre los cadáveres, uno con la garganta abierta y el otro con un gorguz clavado en el corazón.

Názora y Diatar Dalle no salían de su asombro. Primero por seguir vivos, y segundo por el papel desempeñado por los humanos. No lo confesarían ni bajo tortura, pero jamás lo habrían logrado sin su concurso.

Por una parte estaban los héroes...

Otabio, con la mano convertida en una pulpa sanguinolenta, se mordía los labios para no gritar. Guillén estaba hecho un cristo, pero reía de felicidad por haber salido vivo. Alifonso se llevaba la mano al hombro y tenía el rostro ceniciento por el dolor. Borxa soltaba una sarta de palabrotas mientras se vendaba el dedo índice de la mano izquierda, ahora con una falange menos.

Por otra, estaban los titanes...

Diatar Dalle escurrió la sangre de su manto y se fijó en que el brazo con que empuñaba la espada Miguel Heredia chorreaba sangre.

—Veo complacido que la casa Heredia no sólo forja buenos aceros —le requetó Diatar Dalle—, también sabe utilizarlos.

Éste le sonrió y asintió con la cabeza. Tenía la garganta tan seca que era incapaz de articular palabra.

Vio a Arnal dedicado a la poética tarea de decapitar a los enemigos heridos mientras los Galadí, siempre prácticos, empezaban a tirar los cadáveres por encima de la almena, pero debían estar derrengados, pues el odio había huido de sus rostros lobunos. Hasta la incansable mujer loba, cubierta de sangre de los pies a la cabeza, parecía agotada. Diego se sentó en el suelo encharcado, totalmente exhausto. Arnal le imitó.

Lejos, en un ominoso caserón de la Baylía, cuatro mujeres agradecieron la tregua, pues los calambres les agarrotaban los dedos. Liduvina examinó las telas de la vida de sus hijos y, tranquila tras comprobar que todos estaban vivos, fue a por más hilo.

Názora buscó al jefe de los defensores con la mirada. Lo encontró estudiando los movimientos del adversario. Germán debió de sentirse observado, ya que se revolvió. El líder deva observó el brillo afiebrado de sus ojos, la osadía en los labios, la sonrisa ses-

gada y esa mandíbula esculpida en piedra. La rudeza de aquel marife no ocultaba cierta aura de grandeza.

Se le quebró la voz cuando intentó hablar. Tenía la lengua hinchada y era incapaz de articular palabra. Escupió al vacío y lo intentó de nuevo:

—¿Lo oís?

Alrededor de la torre se amontonaban heridos y moribundos que entonaban un coro desafinado de lamentos. La mayoría profería berridos estridentes, como los de los cerdos el día de la matanza, y unos pocos emitían un chillido quebrado, similar al del pollo cuando se le retuerce el pescuezo.

—¿A que ahora os gusta lo que cantan? Os lo dije, es cuestión de cogerle el tranquillo al ritmo.

Diego y Miguel rompieron a reír. Las carcajadas parecían graznidos. Názora se asomó al exterior y siguió el avance de una patrulla de trasgos con un par de oficiales al frente. Remataban a los heridos graves a golpes de gorguz. Todos aquellos que simulaban heridas o las exageraban para no atacar se levantaron, milagrosamente recuperados.

Los devas se apresuraron a atender las heridas, golpes y roturas menores de los milicianos dibujando runas de sanación y pronunciando el hechizo oportuno.

Los cadáveres cayeron sobre el ejército de Deturpación, súbitamente frenado al pie de la fortaleza. El nearca alzó la visera del casco, torció el morro y exhibió su descomunal dentadura. Poco después, dos de sus lugartenientes partían al galope con nuevas instrucciones.

Entretanto, los sedientos sitiados consumieron con frenesí sus reservas de agua y se apoyaron sobre las almenas, presas de una súbita flojera, observando los movimientos del adversario con escaso interés.

Faltaban dos horas para el amanecer, y todos estaban convencidos de que no verían el nuevo día. Los devas se apostaban para vigilar al enemigo mientras los hombres buscaban a tientas los aceiros y se ponían en pie.

Germán llamó por señas a Lucrecia.

—A mi vera —masculló.

Ella acudió, pero se movía con lentitud, algo insólito. Germán entrecerró los ojos y estudió a la joven.

—¿Te pasa algo? —Ella negó con la cabeza, pero él insistió—: ¿Seguro?

El segundo asalto se inició a la media hora. Los licaones volvieron a trepar mientras los ogros sorteaban los cadáveres y subían la rampa del patín vociferando como posesos. Penetraron en el interior de la torre sin dificultad y despejaron el suelo de cuerpos y escombros para luego formar un círculo. Los menos corpulentos se auparon sobre los hombros de sus compañeros. Y así otra hileras, y otra más. La torre así erigida estuvo a punto de desmoronarse cuando alcanzó los cinco metros de altura.

—Miguel debe verlo crudo —observó el primogénito de los Heredia.

—¿Y eso? —preguntó Diego.

—Observa, ha desenfundado *Nictálope*, la espada maldita.

—No debe fiarse de que madre sea lo bastante rápida con la aguja —le respondió al oído. Arnal se quedó blanco pensando en esa aterradora posibilidad—. Tranquilo, confía en la vieja bruja. Nos sacará de ésta. Mira al tonto de Germán, ahí sigue, sin enterarse de la misa la media.

—Por suerte.

Otro grupo de ogros comenzó a formar otra torre. Názora advirtió del peligro a Diego y tomó una ballesta del suelo, pero el baylés sacudió la cabeza.

—Espera a que hayan subido un poco más —susurró—. Si abatimos a una fila intermedia, caerán unos sobre otros y echaremos por tierra su intento.

Lucrecia se asomó por encima de la almena, donde las flechas de los asaltantes silbaban sin cesar, y vio a los licaones trepar por el muro. Eran más corpulentos que sus compañeros del primer asalto. Parecían cucarachas en vez de hormigas.

—¡A las almenas!, los tenemos encima.

Názora se quedó al mando de los milicianos para disparar a los ogros del primer círculo en cuanto la torre hubiera cobrado la altura adecuada. Los demás retomaron las armas, se apostaron alrededor del pretil y esperaron en silencio. Por fortuna, soplaba una fresca brisa que alejaba el hedor de la masacre y la pestilencia del enemigo. Devas y hombres se miraron unos a otros, sabiéndose iguales ante la muerte. Escucharon el rasguñar de los dedos y las respiraciones agitadas de los licaones en cuanto enmudecieron los cuernos y los tambores. Después, se levantó un griterío ensordecedor. Los apostados en la torre jaleaban a los escaladores.

Germán miró a sus hermanos con el rabillo del ojo. Diego te-

nía la mirada ausente. Lo más probable es que pensara en la esposa y en los hijos que no volvería a ver. Miguel esperaba el ataque con semblante demudado y Arnal temblaba de forma ostensible. Los tres temían a la muerte porque perderían muchas cosas, pero él estaba acostumbrado. Había muerto muchas veces, en cada ocasión en que el velo le embotaba la mente, de modo que se limitó a saborear cada segundo de espera como un precioso instante de vida.

Tenía la sospecha de que el segundo intento iba a terminar mucho más deprisa. Se levantó el almófar para estirar y pellizcarse los lóbulos de las orejas a fin de estimular la adrenalina. Sonrió al sentirla correr por sus venas. Sacudió la cabeza para volver a encajar la capucha de malla, adelantó la pierna izquierda, acomodó el torso y bajó el acero, listo para golpear de abajo arriba. Los jadeos se oyeron más cercanos.

—¡Apuntad con cuidado! —ordenó Názora a sus espaldas—. A mi señal. Uno, dos...

Los cuernos llenaron la noche con una nota grave y perentoria, diferente a la habitual. La marea de asaltantes se detuvo como un oleaje al que se le acaba la pleamar antes de conquistar la orilla.

—¡¿Se van?!

Los milicianos no daban crédito a sus ojos al ver que los ogros deshacían la torre. La llamada de los cuernos los urgía de tal modo que los oficiales apelaron al látigo para que se apresuraran y fueron muchos los que terminaron cayéndose. Otro tanto sucedía en las murallas.

Se miraron incrédulos unos a otros.

—¡No puede ser! —exclamó Guillén mientras intentaba restañar el goteo de sangre que le caía de la ceja derecha—. Nos tenían a su merced, otro empujón y...

Pero así era. La horda del nearca volvía la espalda al torreón y se reagrupaba precipitadamente. Los sitiados otearon las Navas de Igüedo y sólo entonces entendieron el motivo.

—Ha llegado el águila —gritó exultante Miguel.

—Nunca pensé que me alegraría tanto ver a los pecho lata —jadeó Arnal.

Los legionarios se detuvieron a doscientos metros de la horda de Deturpación, la cual se reorganizaba precipitadamente ante las órdenes y latigazos de sus lugartenientes. Las tropas masoveras consistían en dos centurias de infantería pesada a juzgar por el ar-

mamento y la disposición en tres líneas —hastarios, príncipes y triarios— que adoptaron de inmediato. Detrás, a lomos de una yegua torda, aguardaban Horacio y sus íntimos, flanqueados por un nutrido grupo de arqueros y unos cuantos vélites, aunque por número no llegaban a formar ni una línea de infantería ligera.

Los trasgos, más indisciplinados que sus compañeros, hambrientos y airados por la toma frustrada del Puño de los frei, cargaron en medio de una algarabía estridente.

Germán contempló con desinterés la arremetida de aquella chusma gritona. Le dolían todos los huesos, los tendones y los músculos. Se movía con dificultad ahora que las zonas golpeadas empezaban a enfriarse e inflamarse. Disfrutó del martilleo acelerado de las sienas, el escozor de ojos y el agrietamiento de los labios. Inhaló profundamente, solazándose con el súbito dolor que le provocaba el aire frío al inundar sus pulmones. Cuando cayera el velo, lo apagaría todo, incluso el dolor, llevándose con él la conciencia, la sensación de la vida fluyendo por su cuerpo. Cada vez odiaba más la oscura esclavitud que hacía de él un semihombre, un ser casi cercano a los tristes monstruos que acababa de masacrar sin piedad.

Oteó el campo de batalla. Tras varias descargas de flechas, el caos hizo presa en el enemigo. No todos pasaban por encima de sus propios muertos, los había que se detenían a desmembrar a los caídos para luego echar a correr e ir comiendo algún miembro entretanto.

—No pestañea ante la atrocidad, micer Germán —observó Diatar Dalle, que se acercó renqueante.

—Lo he visto unas *poquicas* veces —repuso el baylés, que veía por el rabillo del ojo cómo la prudente Lucrecia hacía mutis por el foro—. Al principio te da repulgo, pero luego haces callo.

—Alguien de vuestra valía podría hacer carrera en las mesnadas del rey.

Rehusó morder el cebo y sopesó sus alternativas. Una negativa manifiesta conducía al patíbulo si la situación llegaba a su peor extremo.

—La disciplina nunca fue mi fuerte, maese. Va con la tierra. —Hizo un gesto vago con la mano—. Luchamos bien, pero somos pésimos soldados.

—Bien es poco. Jamás he visto pelear a alguien igual. Vuestro hermano Miguel es bueno, pero se arriesga demasiado. —Ni la desesperada defensa de la roca ni la degollina iban a disipar el humor

despreocupado de ninguno de los dos, circunstancia que hablaba bien a las claras de su temple. Dietar Dalle se quitó el casco y se soltó el almófar, dejando que una larga melena le cayera sobre los hombros. Se mesó la barba y le observó con expresión pensativa hasta que el estrépito de la batalla empezó a declinar minutos después, momento en el que agregó—: Me encantaría coincidir algún día en un campo de batalla con vos, micer.

Contemplaron el severo correctivo que la legión le estaba aplicando a las fuerzas de Deturpación. El baylés miró de reojo a su interlocutor, que no le quitaba la vista de encima, y supo que iba a tener que contestar. Una sonrisa le afloró a los labios.

—¿En el mismo bando, maese?

—Lo preferiría, micer —repuso Dietar Dalle, que rió con despreocupación—, pero no es indispensable.

—La vida da muchas vueltas. Dejemos que ella decida...

Presenciaron juntos la huida en desbandada de trasgos y licaones, pero luego el deva tuvo que acudir a la llamada de Názora.

El baylés se quedó solo, disfrutando de aquel momento de paz. La sangre empapaba de tal forma la torre que la hacía brillar con un color negro lustroso, el de la sangre al coagular. Una pareja de buitres sobrevoló el campo de batalla. El número fue aumentando, pero sus expectativas se vieron defraudadas cuando los legionarios empezaron a levantar dos grandes piras para incinerar los cadáveres.

Germán oyó un respingo a sus espaldas y miró con el rabillo del ojo a ver qué ocurría. Názora se había quitado el casco. Los mechones de sus cabellos parecían llamas que sobresalían de debajo del almófar y, cuando se quitó éste, pudieron ver una mujer de rostro alargado, pómulos marcados y rasgos finísimos. Era realmente guapa. Tenía ese punto cruel de la mujer que se sabe hermosa y le gusta ejercer el papel. Ella le estudió con un brillo risueño en los ojos, pero él mantuvo el rostro imperturbable mientras dejaba que su mirada revoloteara entre los supervivientes antes de centrar su atención en la llanura. Eso sí, en su fuero interno se reprochó no haberlo adivinado.

Reinaba una calma absoluta en las Navas de Igüedo cuando rompió el alba. Entonces, tal como temía, sintió un peso al fondo de los ojos y le costó hilvanar dos ideas seguidas...

...fue decayendo...

...y cuando estaba a punto de apagarse su mundo...

... a Germán se le puso la carne de gallina y notó cómo el velo de su ofuscamiento se desgarraba en medio de un suplicio infernal al oír...

—¡Lucrecia está malherida! —gritó Pietro con una nota de angustia en la voz.

Germán soltó una imprecación y despertó de su duermevela allí, junto al lecho de la lastimada muchacha. Acullá, se oía el fluir de las aguas de un hontanar, pues un manantial afloraba no lejos del campamento.

Estiró los brazos y giró el cuello, decidido a no dejarse vencer por la somnolencia. El arrullo de la alfaguara le dormía lo justo para despertar en una pesadilla donde veía a la muchacha yaciendo en la torre de la almenara, con una hemorragia imposible de restañar.

Se frotó los ojos y observó a Lucrecia. Ahora, postrada e inmóvil, le parecía aún más joven, casi una niña. El tenue rubor de la fiebre le sonrojaba las mejillas. Retiró el paño de la frente y lo substituyó por otro humedecido antes de arrebujarla bien en la yacija. Manoteó para dispersar el humo de la vela de sebo, que se espesaba sobre ella. A ratos murmuraba frases ininteligibles y cuando se enfadaba, respiraba entrecortadamente entre los dientes apretados. *Peleona hasta en sus sueños*, pensó él.

Luego, se sentó en el suelo, con las piernas entrecruzadas y los codos apoyados en las manos. Su mente volvió a las Navas de Igüedo, cinco días atrás. Tras la derrota de Deturpación, se habían debilitado las alianzas. Cada grupo abrigaba propósitos diferentes. Los milicianos se morían de ganas por regresar a Villafranca. Los legionarios tenían quehaceres pendientes en las masías. Los devas pretendían volver a La Quinta con su prisionero.

Los intereses del clan Heredia eran un mundo aparte. Miguel debía celebrar los esponsales como paso previo a la boda formal. Diego y Arnal no estaban dispuestos a perderle de vista hasta enterarse de los detalles de un acuerdo potencialmente peligroso para la herencia que tanto codiciaban. Germán recuperaba y perdía la cordura a intervalos, pero durante su lucidez sólo estaba interesado por la salud de Lucrecia, un interés común al de los Galadí, únicamente preocupados por salvar a su hermana.

Diego sacó a relucir el perfil más sibilino de su personalidad y logró hacerse oír por todas las partes hasta alcanzar un acuerdo satisfactorio para todos, pues cada grupo ganaba más de lo que perdía.

Los masoveros fingían creer las disculpas de los milicianos, el grupo de menor relevancia para los allí presentes, y les permitirían volver al otro lado de la frontera, deseando con todas sus fuerzas que no sobrevivieran al peligroso viaje. Los devas asistían a la fiesta como invitados para no hacerlo como fiambres. Dos centurias y una docena de brujas reforzaban la insistente invitación de Horacio.

Germán empezó a dar cabezadas en la tienda.

—Tienes peor pinta que yo —murmuró una voz.

Él se echó a reír.

—Lo más probable.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó Lucrecia.

—Cuatro días.

Ella silbó y se removió en la yacija para comprobar el alcance de sus lesiones.

—No muevas la pierna —le avisó Germán.

—Aquel trasgo fue muy rápido con el gorguz —admitió Lucrecia con pesar—. Me engañó el muy hideputa. Amagó un golpe hacia el pecho y luego me buscó las piernas. De todos modos, le rajé el cuello, tampoco es para quejarse...

Movió el brazo izquierdo con sorprendente facilidad. A continuación, tanteó las costillas del costado derecho en busca de la herida que más le preocupaba y miró a su guardián con ojos de sorpresa. Éste le sonrió, pero se mantuvo en silencio.

La incredulidad cinceló sus facciones durante unos segundos.

—¿Qué ha sido de mis heridas? —inquirió con un hilo de voz.

—Las runas han obrado maravillas —contestó él tras un largo silencio—. Era de prever...

—... ya que ninguna bruja me había curado antes, ¿no es eso?

—Él la miró y asintió. Lucrecia apostilló—: ¿Y qué ha cambiado esta vez? Sigo siendo una hija de la luna...

—Cosas de brujas —repuso el guerrero, en un intento de quitarle hierro a la respuesta.

—Creía que las sacaúntos me consideraban un engendro, un bicho poco mejor que un licaón. —Los labios de Lucrecia se ten-

saron con acritud. Cerró los ojos durante unos instantes y luego giró la cabeza para mirar a su acompañante—. ¿No soy un monstruo?

—¿Y no lo son ellas? —repuso Germán—. Tememos lo que es diferente a nosotros, princesa. La definición de monstruo es muy amplia, ¿no crees?

—Entonces, ¿me aprecias porque no me temes o no me temes porque me aprecias?

—Nuestro miedo alumbra monstruos que no cura nuestro valor. Jamás podré considerarte un monstruo porque te conozco y te respeto.

—Me gusta...

—¿El qué?

—Ver que eres tú, que piensas y razones, ojalá fuera siempre así... —Se hizo un silencio incómodo, únicamente roto por las voces de los hombres del campamento, que empezaban a desperatar—. Entonces, ¿me han curado?

—No del todo. Sólo las heridas del brazo y el costado.

—¿Y eso?

—Es una larga historia.

—¿Tienes prisa?

Germán respiró hondo.

—Y no me acuerdo del todo bien...

—Algo recordarás.

—Poco, y nada agradable.

—Acabáramos... Me lo vas a contar..., ¿o he de sacártelo a punta de cuchillo?

—La legión no viaja sin un pequeño contingente de brujas, ya sabes, para curar a sus heridos y destripar a los enemigos, no en vano se llaman sacaúntos. Tienes razón en que nadie te hubiera ayudado. Tu hermano Pietro y yo suplicamos lo increíble, pero todo quedó en agua de borrajas. —Tragó saliva—. Unas no sabían curarte y otras no querían. Todas salieron de naja. No dijeron el motivo, claro...

Era opinión muy extendida entre devas, bayleses y masoveros que los licántropos eran criaturas sin alma y su asesinato no estaba penado ni siquiera con multa. Por el contrario, quien mataba a un perro ovejero debía pagar siete sueldos.

—Viéndoos a Pietro y a ti como dos posesos, no me extraña. —Lucrecia rió.

—Una de las brujas me identificó.

—¿Sí?

—Al parecer, salvé a su hijo de una banda de licaones tiempo atrás. Debí de ser en el ochenta y ocho. —Crispó el gesto en su intento de recordar—. Hace once años que no cabalgaba por estas tierras.

Lucrecia puso el dedo en la llaga.

—¿Al parecer...?

Germán buscó el pote del orujo y dio un trago largo. Luego, se inclinó hacia adelante y entornó los ojos. Ella lamentó haber formulado la pregunta. De haber estado en plenas facultades, habría adivinado la respuesta a tiempo, como solía suceder entre ellos. Se entendían bien. Dos monstruos. Dos asesinos. Dos solitarios.

—No me acuerdo, muchacha, de veras que no —admitió—. Cuando se me apagan las velas..., sanseacabó. Lo cierto es que vi el cielo abierto cuando me dijo que no quería deberme ningún favor. La arrastramos hasta donde estabas herida y te exploró a regañadientes. Le faltó un pelo para que no nos convirtiera en sapos a tus hermanos y a mí, pero al fin se puso muy digna y saldó la deuda...

—¿Y no me curó la pierna?

—Te sanó las heridas de gravedad y te bajó la fiebre. Dijo que con eso estábamos en paz. Se negó en redondo a curarte del todo y por supuesto no aceptó dinero...

—Cacho perra, ¿qué más le daba? ¡Si ya me había salvado la vida...!

—Paz, paz —contestó él entre risas—. Hay que gastar fuerzas, o lo que sea, para eso de curar, y ella decidió que con eso ya había satisfecho su deuda. Es mejor que nada, ¿no?

Luego, para cambiar de tema, le describió con gran lujo de detalles la batalla entre licaones y la legión, así como los dimes y di-retes del día siguiente.

—¿Y cómo estás tú aquí? Tendrás que asistir a los esponsales, ¿no?

—Sí, pero alguien debe guiarnos de regreso a la Baylía; por eso os he traído hasta La Serrota. Gauterio conoce el camino de vuelta desde aquí.

—¿La Serrota...? En diez o doce días podemos estar de vuelta en casa —murmuró ella para sí—. ¿Cuándo volverás tú?

Germán se envaró y acercó la mano al cuchillo de brecha cuando oyó un arrastrar de pies cada vez más próximo a la tienda.

—Ah de la tienda, soy Guillén, micer Heredia. Me han dicho que quería hablar conmigo.

—Ahora salgo —contestó Germán, que se volvió hacia Lucrecia. Le acarició el pelo y le besó en la frente. Se alegraba de la interrupción. Estaba todo dicho—. Aún tienes fiebre.

Luego, se volvió para recoger su espada envainada antes de salir de la tienda.

—Germán —le llamó la convaleciente.

—¿Sí?

—Buena caza —dijo, utilizando su despedida habitual.

Él reprimió una sonrisa. No había logrado engañarla. Sabía que no iba a regresar a la tienda. Volvió la vista atrás y miró aquellos ojos verdes. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Buena caza, princesa.

Y salió.

Estudió al miliciano. Era fibroso y de buena planta, y capaz de sufrir en silencio a juzgar por lo que había visto en el Puño de los frei. Abundaban los buenos luchadores con mandíbula de cristal y escaseaban los soldados con entereza.

—¿Quería hablar conmigo, micer Heredia?

—¿Cuánto te ganas en la milicia, muchacho?

Guillén se envaró levemente y entornó los ojos.

—Doscientos cincuenta dineros, como vucencia ya sabe.

Germán asintió.

—Como sabes, tengo un pequeño dominio en el meridión...

—Sí, micer. El señorío de La Iruela.

—Exacto, y también estarás al corriente de que alquilo mi mesnada al mejor postor...

—Me consta, micer.

—Siempre ando escaso de buenos luchadores, y tú tienes madera. ¿Te gustaría ser mesnadero?

—No lo había pensado...

Mentiroso, dijo Germán para sí.

—¿Qué te parecería ganar quinientos dineros al año, muchacho?

—Preferiría ganar mil, micer.

Los dos hombres se echaron a reír.

—Seiscientos, y te das con un canto en los dientes.

—Valoro vuestra generosidad, micer, pero quiero mil.

—¿Te crees que en mi dominio atamos los perros con longanizas?

—En la milicia gano poco, pero ni asumo riesgos ni doy un palo al agua. —Guillén cruzó los brazos—. Vuestra mesnada es... entretenida. Se cobra más en cicatrices que en plata.

—Está bien, setecientos.

—Que sean mil, micer —insistió el joven Guillén sin perder la compostura.

—Zagal, te voy a ofrecer setecientos cincuenta porque tengo el día tonto. —El cuchillo de brecha chascó al abrirse. Germán dedicó al miliciano la famosa sonrisa esquinada de los Heredia—. También te puedo abrir en canal, claro.

Guillén pareció cariacontecido durante unos segundos; luego, esbozó una sonrisa de oreja a oreja, se escupió en la palma y tendió la mano hacia adelante. Germán lanzó un salivazo sobre el anverso de su mano y estrechó la del soldado.

—Nadie dirá que no lo he intentado, micer.

—Eso desde luego, zagal —contestó Germán, guardando el arma—. Me complace comprobar que sabes defender tus intereses, y también que conoces tus límites. Ve a La Iruela y pide que te lleven ante el alférez Dionisio. Entrégale esto —continuó, ofreciéndole un anillo con su escudo de armas— y repítele nuestra conversación. Él pagará los sobornos para licenciarte de la milicia y te buscará un puesto en mi hueste.

—Sí, micer.

—A partir de ahora soy tu señor.

—Disculpe, dómine —rectificó al instante Guillén—. La falta de costumbre, dómine.

Alifonso acudió con una montura de la brida en cuanto Guillén se hubo alejado unos metros.

—Aunque no me crea, micer, le voy a echar de menos. Lo he *pasao* de miedo con *usté*.

—Pero no has aceptado mi oferta.

—Las aventuras están bien *p'a* los jóvenes. A mí lo que me gusta es rascarme la entepierna en una taberna. —Los dos hombres rompieron a reír—. De todos modos, el Borxa y yo lo hemos *pensao* seriamente.

—¿El qué?

—Le vamos a cambiar la reputación, micer. *Tie usté* fama de

atontao y lo que en *verdá tie* son dos pelotas bien puestas. *Güena* suerte, micer.

—Igualmente, Alifonso.

Pietro y Gauterio acudieron a despedirle con un vaso de su mejor vino y un morral lleno de provisiones.

—Lucrecia se va a poner bien...

—Dalo por hecho, Pietro, y mira que esta vez le ha ido cerca.

—... y no has traído a nadie de tu mesnada...

—Madre lo dispuso así.

—... y mi hermana no puede protegerte. Gauterio puede cuidar de ella y guiar a los milicianos. No me necesita. —Ninguno de los tres dijo nada. Pietro se aventuró a seguir hablando—. Tu hermano Diego tenía mucho interés en librarse de nosotros, en dejarte solo. Yo podría acompañarte...

—No lo necesito —espetó Germán con voz acerada.

—¿Ni siquiera cuando te aturulles? —Pietro rechinó los dientes—. Nos conocemos desde hace noventa años, rediós, no vamos a fingir ahora que no sufres... ataques.

Germán vació el vaso de un trago y palmeó el hombro de su interlocutor con más fuerza de la necesaria.

—No he tenido problemas a la hora de matar, vivir ya es otra historia. No puedes hacer ese viaje por mí. Además, ya es hora de que Lucrecia viva sin la carga que lleva.

—Ya sabes que a ella no le importa —añadió Pietro con expresión huidiza.

Germán se pasó la mano por la frente y le lanzó al otro una mirada penetrante.

—Pero a mí sí. Te pediría, Pietro, como el buen amigo que eres, que te aseguraras de que ella tenga la vida que merece.

—Lucrecia vive feliz haciendo lo que hace.

—¿Seguir a una sombra? —murmuró Germán, desviando los ojos hacia otro lado. Su interlocutor se encogió de hombros—. ¿Una sombra sin pasado ni futuro?

—A ella le parece bien —replicó con sequedad.

Germán se quedó pensativo, mirando sin ver.

—Imagino que a ti no —refutó en voz baja.

Pietro Galadí tuvo que callarse. Era cierto, no era una vida que nadie en su sano juicio deseara a una hermana. Sin embargo, contestó, huraño:

—Eres tozudo como un mulo.

—¿Y ahora te extraña? Me conoces desde hace noventa años, Pietro.

El guerrero verificó las cinchas y las bridas, colocó el morral y revisó los herrajes del caballo. Luego, se volvió para abrazar a los dos Galadí y montó de un salto. Taloneó a la montura y se alejó al trote sin volver la vista atrás.

Gauterio y Pietro le vieron alejarse hacia el valle, de vuelta a los dominios masoveros.

—¿Se lo diremos a Lucrecia?

—¿Estás loco, Gauterio? El exceso de información nunca es bueno. En cuanto se entere, va a estar dándole vueltas a la olla sin parar. —Se llevó el dedo a la sien—. ¿Tú sabes el viaje que nos puede dar? Mira, que de enamorado a loco va muy poco.

—Pero ¿tú crees que han sido amantes?

—No lo sabe nadie, pero es el único amigo de Lucrecia. Si se entera de que él insistió en que la bruja sin dientes no le curase del todo la herida de la pierna, empezará a preocuparse.

Gauterio observó al jinete de armadura centelleante.

—¿Por qué lo haría?

—Para mantenerla fuera del avispero, tontorrón. Lucrecia no puede seguirle con la pata quebrada. —Le tiró del cinto para que volvieran al campamento—. Los devas vinieron de Novaterra, un territorio que, en teoría, no existe. Los masoveros deben rajarles el cuello para preservar el secreto y lo más probable es que el clan Heredia al completo corra la misma suerte. Eso de la boda es muy raro.

—Mal huelen estos negocios, hermano, mal huelen.

—A trampa.

—Y de las jodidas.

—Tú que lo digas —repuso Pietro, sacudiendo la cabeza.

Gauterio suspiró profundamente.

—A los Heredia nunca les faltan celadas. —Palmeó el hombro de su hermano con afecto—. En fin, Pietro, habrá que contarle a madre la suerte de nuestro Giovanni, ojalá que donde esté, le den bien de comer.

Pietro asintió con una sonrisa triste.

—Sí, cómo comía el muy bestia...

—Con todo, madre tiene suerte. Pese a todos los embrollos de los Heredia, esta vez volvemos casi todos. Incluyendo a la niña de su vejez, que tal como está esa pierna, se va a quedar con ella un tiempo bien largo.

—Que no te oiga decirlo...

—Ya, ya —rió Gauterio—. Buen genio tiene, sí...

—Volvemos por fin a casa, hermano.

—Sí, por fin.

Los dos se quedaron mirando el camino por donde se había ido Germán, sin poder disimular ni su preocupación ni su ansiedad.